

# Old Ladies

Bus número doce. Apartado en su cubículo de vidrios y metal, ungido al gran volante de su máquina, el chofer de azul era hombre inabordable en su mundo peculiar de enorme roedor del tránsito. Era la cobradora, laucha inquieta y hacendosa, quien iba a cargo de los pasajeros, provista de una cutosa maquinilla en bandolera, especie de impresora portátil.

—University— dije.

—Two?

—Two.

—Nine pence each—. Oprimió unos botones, giró una manivela, y biribirloque, aparecieron en su mano tendida para mí uno —con seis dos boletos especialmente impresos, con fecha, importe y un párrafo en letras diminutas. Lo lei minuciosamente. No usar el boleto fuera del día señalado. Nothing new there.

En cambio me resultó novedoso el crecido número de viejas en el interior del bus. Si no fuera porque vieja es una palabra un tanto irrespetuosa, no pensaría en sustituirla, por ejemplo, por viejuca, cuyas connotaciones humorísticas la hacen más afable. Pero viejuca no sólo tiene un tinte chileno, que adulteraría la imagen de una vieja inglesa, particularmente si lo que interesa describir es viejas en número crecido; viejuca es palabra de campo, lo que la vuelve inservible para mi urbano cometido. Viejecilla o viejecita no sólo envejecerían demasiado a las viejas que me rodeaban en el bus: las sentimentalizarían, lo que por el momento deseo evitar. Otra posibilidad que se me ocurre es veterana. Acá me siento más tranquilo, puesto que veterana, es francamente un vocablo afectuoso, si bien no el más reverente —aun-

que veterana, aplicado a mi propósito, me traicionaría—. Sólo una vieja que sonríe cuando la llaman veterana, porque entiende que el doble filo no es siempre mal intencionado, puede cobrar vida en el ámbito de la palabra veterana. Nada más ajeno a una vieja inglesa que semejante magnanimidad. Anciana o vejestorio obviamente, quedan fuera de la cuestión: mis viejas se veían asombrosamente autosuficientes, con sus sombreros como macetas invertidas encasquetadas firmemente, sus zapatos de tacones firmes, sus bolsas de compras asidas con firmeza en sus resueltas manos en descanso sobre la falda firmemente tensa. Si las llamo viejas me hago cargo de la feliz implicación explosiva del término, y también de lo impredecible de la cohetería manufacturada en Chile: a veces despiden una pura chispa y no pasa nada. Pero al quedar allí omito una filiación social, y sin filiar socialmente siempre se dirá poco sobre las inglesas cosas. Viejas es una palabra democrática; la vieja es un democrático fuego de artificio. Y cuando se llama vieja a una vieja o cuando una vieja se reconoce como vieja, hay un puntero de menos: falta la indicación de posiciones en el tablero del ajedrez social. En Inglaterra, una vieja es una old lady. Mi bus iba repleto, no de viejas, sino de old ladies —de señoras viejas, o si se prefiere de damas viejas o de viejas damas, lo que viene a ser un asunto enteramente distinto. Pero no se piense en una absurda presunción lingüística. Old lady es vieja dama sólo cuando la vieja en cuestión es dama. Cuando no lo es, old lady queda en señora vieja. Aunque, nótese, la dignidad de dama siempre se adhiere algo, levemente, a la de señora, con lo que el uso canoniza la aspiración al respeto ajeno de una mujer que ha pasado el climaterio. En fin, era extraordinario ver tanta vieja y tan bien conservada en un solo micro. Era como para preguntarse si no había más que old ladies en toda la ciudad.

Pero me temo que ya sea hora de bajar. La cobradora (que bien pensado, también podría caer en la categoría de vieja) nos hace señas; "University", nos grita, desde la plataforma al final del bus, que por ser la única puerta para pasajeros bien podría también llamarse el principio del bus.

Con su principio al final el bus se de-



tuvo. Bajamos. Subió, titubeante, un vejestorio. El bus partió bruscamente. La viejecita trastabilló. La conductora se colgó del timbre. El bus paró en seco. Horror. La viejecilla cayó sentada al piso de goma, cogida con dientes y uñas y a la barra de seguridad. La conductora acudió a socorrerla. Con su ayuda, la anciana se puso en pie y de sus huesos magullados emergió una old lady enfurecida. Agitaba un dedo sarmentoso en las narices de la conductora; sumamente alterada, le sacudía los diez dedos sarmentosos bajo la nariz. La conductora apeló al timbre. El chofer magnífico descendió de su cubículo, quitándose a manotones de los muslos azules unos restos de ceniza de cigarrillo. La old lady bajó indignada del bus al territorio neutral de la acera e increpó a los malhechores. La conductora se excusó y se excusó el chofer magnífico, pero la old lady exigía reparaciones. A una persona como ella no la harían víctima de irresponsabilidades como las que todo el mundo había visto. Inconscientes. Desconsiderados. Descarados. Anotó las placas de los contritos funcionarios de transportes, la patente del bus, la hora y el lugar de los sucesos. Otra vez excusas, el chofer y la conductora cambiaron apenas una sonrisa, retornaron a sus puestos, y el bus prosiguió su recorrido. La vejada old lady contó el desastre en pormenores a unos transeúntes que lo habían presenciado de comienzo a fin. Todo estuvieron de acuerdo en que era preciso hacer un reclamo a la empresa, y más, alguien sugirió una querrela judicial. Nunca se sabía qué consecuencias podrían traer esos golpes.

Cruzamos la verja de la Universidad.